

Y en común gozo y en comunes bienes,
De eterna bienandanza me saciaba.
¡Días alegres, de esperanza henchidos,
De ventura inmortal; amables juegos
De la niñez! ¡Memoria,
Grata memoria de los dulces fuegos
De amor! ¿dónde sois idos?
Decidme, Musas, ¿quién ajó su gloria?
Huyó niñez con ignorado vuelo,
Y en el abismo hundió de lo pasado
El risueño placer. ¡Desventurado!
En ruego inútil importuno al cielo,
Y que torne le imploro
La amable inexperiencia, la alegría,
El ingenuo candor, la paz dichosa
Que ornaron ¡ay! mi primavera hermosa;
Mas nada alcanzo con mi amargo lloro.
La edad, la triste edad del alma mia
Lanzó tan hechicera
Magia, y á mil cuidados
Me condenó por siempre en faz severa.
Crudo decreto de malignos hados
Dióme de Témis la inflexible vara,
Y que mi blando pecho
Los yerros castigara
Del delincuente, pero hermano mio,
Astrea me ordenó; mi alegre frente
De torvo ceño oscureció inclemente,
Y de lúgubres ropas me vistiera.
Yo, mudo, mas deshecho
En llanto triste, su decreto implo
Obedeci temblando,
Y subí al sólio, y de la acerba diosa
Las leyes pronuncié con voz medrosa.
¡Oh quién entónces el poder tuviera,
Musas, de resistir! ¿Quién me volviese
Mi oscura medianía,
El deleite, el reir, el ocio blando
Que imprudente perdí! ¿Quién convirtiese
Mi toga en un pellico, la armonía
Tornando á mi rabel con que sonaba
En las vegas de Otea (1)
De mis floridos años los ardores,
Y de Arcadio la voz le acompañaba,
Bailando en torno alegres los pastores!
El que insano desea
El encumbrado puesto,
Goce en buen hora su esplendor funesto.
Yo viva humilde, oscuro,
De envidia vil, de adulacion seguro,
Entre el pellico y el honroso arado,
Y de fáciles bienes abastado,
En salud firme el cuerpo, sana el alma
De pasiones fatales,
Entre otros mis iguales,
En reciproco amor, entre officiosos
Consuelos, feliz muera
En venturosa calma,
Mi honrada probidad dejando al suelo,
Sin que otro nombre en rótulos pomposos
Mi losa al tiempo guarde lisonjera.
Pero ¡ah Musas! que el cielo
Por siempre me cerró la florecida
Senda del bien, y á la cadena dura
De insupportable obligacion atando
Mi congojada vida,
Alguna vez llorando
Pudo sólo engañar mi desventura
Con vuestra voz y mágicos encantos.
Alguna vez en el silencio amigo
De la noche callada
Puedo en sentidos cantos
Adormir mi dolor, y al crudo cielo
Hago de ellos testigo,
Y en las memorias de mis dichas velo,
Musas, alguna vez; pues Inégo airada
Témis me increpa, y de pavor temblando
Callo, y su imperio irresistible sigo,
Su augusto trono en lágrimas bañando.
Musas, amables Musas, de mis penas,

(1) Sitio ameno, muy inmediato á Salamanca.

Benignas os doled; vuestra armonía
Temple el són de las bárbaras cadenas
Que arrastro miserable noche y día.

SILVA VI.

AL CÉFIRO, DURMIENDO CLÓRIS.

Bate las sueltas alas amorosas,
Cefirillo suave, silencioso;
No de mi Clori el sueño regalado
Ofendas importuno; al fresco prado
Tórnate, y á las rosas
Tórnate, cefirillo bullicioso,
Y de su cáliz goza y sus olores.
A mi Clori perdona; tus favores,
Tu lisonjero aliento le escasea,
Y huye lejos del labio adormecido.
No agraves, no, atrevido,
Su reposo felice,
Que Amor quizá en su idea
Me retrata esta vez, quizá le ofrece
Mi fe pura, y le dice:
«Duélete ¡oh desdeñosa!
De tan fina pasión; y con su fuego
Su tímida modestia desvanece,
Tornándola sensible y cariñosa.
¡Oh! mi ventura no interrumpas ciego;
Yo no sé qué, laténdome gozoso,
Me anuncia el corazón al contemplarla.
Déjame ser en sueños venturoso,
Y escapa lejos á jugar al prado,
O respetuoso pódate á su lado.
Empero, ya, travieso, por besarla
Una rosa doblaste,
Y vivaz en sus hojas te ocultaste.
De nuevo tornas y la rosa inclinas,
Y con vuelo festivo,
Bullicioso y lascivo,
La meces y á su pecho te avecinas.
¡Oh, que mi ardor provocas
Cada vez que lo tocas!
¡Oh, que tal vez ese cogollo esconde
Letal punzante espina, que su nieve
Hiera con golpe leve!
Cesa y benigno á mi rogar responde;
Cesa, céfiro manso,
Y siga Clori en plácido descanso.
Cesa, y á tu deseo
Corresponda tu ninfa agradecida
En fácil himeneo.
¡Oh nuncio del verano deleitoso!
Tú, que en móviles alas vagoroso,
De las flores galan, del prado vida,
Vas dulce susurrando,
Con delicado soplo derramando
Mil fragrantas esencias, ¡ay! no toques
Esta vez á mi Clori, no provoques,
Cefirillo atrevido,
Con tu aroma su aliento;
Guarda, que Amor con ella se ha dormido.
Mas ¡ay! ¡con qué contento
Parece que se rie y que me llama!
Su boca se despliega,
Y su semblante celestial se inflama,
Como la rosa pura
Que bañada en aljófares florece,
Emulando del alba la hermosura.
Llega festivo, llega
A sus párpados bellos,
Y con ala traviesa, cariñoso,
Asentándote en ellos,
Apacible los mece,
Que otra vez rie, y su alegría crece.
¡Ay! ágitala, llega, y tan dichoso
Momento no perdamos, cefirillo;
Que Amor me llama y su favor me envía.
Acorre, vuela, y tu fugaz sopillo
Al logro ayude de la dicha mia.

SILVA VII.

LAS FLORES.

Naced, vistosas flores,
Ornad el suelo que lloró desnudo
So el céfiro helado del invierno rudo,
Con los vivos colores
En que matiza vuestro fresco seno
Rica naturaleza.
Ya rie Mayo, y céfiro sereno
Con deliciosos besos solicita
Vuestra sin par belleza,
Y el rudo broche á los capullos quita.
Pareced, pareced, ¡oh del verano
Hijas y la alma Flora!
Y al nacarado llanto de la aurora
Abrid el cáliz virginal; ya siento,
Ya siento en vuestro aroma soberano,
Divinas flores, empapado el viento,
Y aspira la nariz y el pecho alienta
Los ámbares que el prado les presenta
Doquiera liberal. ¡Oh! ¡qué infinita
Profusion de colores
La embebecida vista solicita!
¡Qué magia, qué primores
De subido matiz, que anhela en vano
Al lienzo trasladar pincel liviano!
Con el arte natura
A formaros en una concurren,ieron,
Galanas flores, y á la par os dieron
Sus gracias y hermosura.
Mas ¡ah! que acaso un día
Acaba tan pomposa lozanía,
Imágen cierta de la suerte humana.
Empero, más dichosas,
Si os roba, flores, el ferviente estío,
Mayo os levanta del sepulcro umbrío,
Y á brillar otra vez naceis hermosas.
Así ¡oh jazmin! tu nieve
Ya á lucir torna, aunque en espacio breve,
Entre el verde agradable de tus ramas,
Y con tu olor subido
Parece que amoroso,
A las zagalas que te corten clamás
Para enlazar sus sienas venturoso.
Mientras el clavel en púrpura teñido
En el flexible vástago se mece,
Y officioso desvelo á la belleza,
A Flora y al Amor un trono ofrece
En su globo encendido,
Hasta que trasladado
A algún pecho nevado,
Mustio sobre él desmaya la cabeza,
Y el cerco encoge de su pompa hojosa.
Y la humilde violeta, vergonzosa,
Por los valles perdida,
Su modesta beldad cela encogida;
Mas el ámbar fragante
Que le roba fugaz, mil vueltas dando,
El aura susurrante,
En él sus vagas alas empapando,
Descubre fiel do esconde su belleza.
Orgullosa levanta la cabeza,
Y la vista arrebata
Entre el vulgo de flores olorosas
El tulipan, honor de los vergeles;
Y en galas emulando á los claveles,
Con fajas mil vistosas,
De su viva escarlata
Recama la riquísima librea.
Pero ¡ah! que en mano avara le escasea
Cruda Flora su incienso delicioso;
Y solo así á la vista luce hermoso.
No tú, Azucena virginal, vestida
Del manto de inocencia en nieve pura,
Y el cáliz de oro fino recamado,
No tú, que en el aroma más preciado
Bañando afortunada tu hermosura,
A par los ojos y el sentido encantas.
De los toques mecida
De mil lindos amores,
Que vivaces codician tus favores,

¡Oh! ¡cómo entre sus brazos te levantas!
¡Cómo brilla del sol al rayo ardiente
Tu corona esplendente,
Y en tal torno cariñosas vuelan
Cien mariposas, y en besarte anhelan!
Tuyo, tuyo sería
¡Oh azucena! el imperio sin la rosa,
De Flora honor, delicia del verano,
Que en fugaz plazo, de belleza breve,
Su cáliz abre al apuntar el día,
Y en púrpura bañada, el soberano
Cercos levanta de la frente hermosa;
Su aljófar nacarado el alba llueve
En su seno divino;
Febo la enciende con benigna llama,
Y le dió Citea
Su sangre celestial, cuando atigida
Del bello Adónis la espirante vida,
Que en débil voz la llama,
Quiso acorrer, y del fatal espino
Ofendida ¡oh dolor! la planta bella,
De púrpura tiñó la infeliz huella.
Codiciala Cupido
Entre las flores por la más preciada,
Y la nupcial guirnalda que ciñera
A su Psiquis amada,
De rosas fué de su pensil de Gnido,
Y el tálamo feliz tambien de rosa,
Donde triunfó y gozó, cuando abrasado
En su llama dichosa,
Tierno exclamó en sus brazos desmayado:
«¡Hoy, bella Psiquis, por la vez primera
Siento que el dios de las delicias era!
¡Oh reina de las flores,
Gloria del Mayo, venturoso fruto
Del llanto de la aurora!
¡Salve, rosa divina!
Salve, y vé, llega á mi gentil pastora
A rendirle el tributo
De tus suaves olores,
Y humilde á su beldad la frente inclina.
¡Salve, divina rosa!
Salve, y deja que viéndote en su pecho
Morar ufana, y por su nieve pura
Tus frescas hojas derramar segura,
Loco envidie tu suerte venturosa,
Y anhele, en ti trocado,
Sobre él morir; en ámbares deshecho,
Me aspirará su labio regalado.»

SILVA VIII.

EL SUEÑO.

¡Por qué en tanta alegría
Se inunda mi semblante,
Y enajenado el ánimo se goza,
Curiosa me demandas, Fili mia?
Hállote, y al instante
Mi corazón palpita y se alboroz,
Y río si te miro,
Y no de pena, de placer suspiro.
Un sueño, un sueño solo mi contento
Causa, Fili adorada;
Oyelo, y goza el júbilo que siento,
En la fresca enramada,
Cual solemos, triscando,
Y riendo y burlando,
Soñé feliz que estábamos un día;
De lindas flores á tu sien teja,
Y amárcos oloroso,
Yo una guirnalda bella;
Mas tú, cuando officioso
Cefirilla intenté me la robaste,
Y una cinta con ella
Flexible haciendo, blandamente ataste
Mis dos manos. «Estrecha, Fili, estrecha,
Dije, el nudo primero,
Y otro, y otro tras él, y otro me echa;
Que á gloria tengo el ser tu prisionero.»
Luego viendo una rosa
En medio el valle descollan hermosa

Sobre todas las flores,
De los besos del céfiro halagada,
A cortarla corri. «¡Flor venturosa,
La dije, el lácteo seno de mi amada
De tu frescura goce y tus olores!»
Y en él la puse, lleno de ternura.
Mi rosa pareció más encendida,
Y su nieve más pura
Contrapuesta á la púrpura subida.
Tú al punto la tomaste,
Y no sin vanidad ¡ay! la llegaste
Al carmin vivo de tus labios bellos;
Y besándola, de ellos
A los míos, riendo, la pasáras,
El alma toda, apenas los tocáras,
El alma toda, á recoger tu beso,
Sobre la rosa se lanzó anhelante,
Y por uno, sin seso,
Su tierno cáliz te torné abrasado
Con mil y mil en mi pasión amante.
En tales burlas por el fresco prado
Vagando alegres fuimos,
Cantando mil tonadas,
O remedando en voces acordadas,
Ya el trino delicado á los jilgueros,
Ya el plácido balar de los corderos,
Cuando á Lícidas vimos,
Que á nosotros venía
Cual suele en torva faz, osco y celoso;
De súbito nublóse tu alegría,
Bien como flor cortada,
Cuya mustia beldad cae desmayada,
Y con labio medroso,
«Huyamos, me dijiste;
¡Zagal tan necio y tan odioso viste!
Yo te idodatro, y quiere
Que oiga su amor y alivie su cuidado,
Y así me sigue cual si sombra fuera.
¡Ay zagal! aquí estás; en vano espera.»
Y fiel mi mano al corazón llevaste,
Sobre él la puse, y fino palpitaba,
Y el mío de placer mil vuelcos daba.
Así en trisca inocente,
Sin sentirlo llegamos á la fuente,
Que en torno enrama el álamo pomposo.
«Aquí evitemos la abrasada siesta,
Dijiste, pues á plácido reposo
Su sombra brinda, y brinda la floresta;
Y te asentaste en la muldida grama.
Yo, cariñoso, me senté á tu lado,
Y en torno se derrama,
Con el tuyo paciando, mi ganado
Por la fresca pradera.
El albo vellocino á la cordera
Que en grato dón por el rabel me diste,
A rizar oficiosa te pusiste,
Y yo en tanto escribía
Tu nombre venturoso
En la lisa corteza,
Y así, apenado, al álamo decía:
«Crece, tronco dichoso,
Crece, y el nombre de mi Fili amada
Crecza á la par contigo,
Y á par también su amor y su firmeza;
Y sé á los cielos de mi fe testigo.
De hoy más por los pastores
Se escogerá tu sombra regalada
Cuando traten en pláticas de amores,
O al viento envíen sus dolientes quejas.
Sus inocentes danzas
Tendrán en tí las lindas zagalejas,
Y anidarán los dulces ruiseñores;
Ni sufrirás del tiempo las mudanzas,
De tus sonantes hojas despojado,
Ya con su nombre á Fili consagrado.
Tú, que fina escuchaste
Mi apasionado ruego,
Cariñosa tomaste
La aguda punta, y escribiste léngo
Tras Fili, «de Damon», y por adorno,
De mirto una lazada,
Que los dos nombres estrechaba en torno,

Y tierna me miraste; ¡oh qué mirada!
De ella alentado, mis felices brazos
A tu cuello de nieve
Lanzándose amorosos.... Un ruido
Sueña á la espalda y la enramada mueve.
Tú, esquivada, evitas los ardientes lazos;
Yo miro airado, y Lícida escondido
Torvo acechaba nuestra dulce llama;
Su odiosa vista en cólera me inflama,
Detiéneme tu brazo cariñoso;
Lícidas huye con fugaz carrera.
Despierto, y en mi sueño venturoso
Fué «Fili de Damon» tu voz postrera.

SILVA IX.

LOS RECUERDOS TRISTES.

¡Ah Clori! se anublaron
Los días del placer; nuestra ventura
Pasó, pasó dejando en la memoria
Sólo tristes recuerdos y amargura.
Sombra fugaz volaron
Las horas fugitivas de mi gloria,
Muy más que el ave que ni rastro deja
Cuando hasta el cielo rápida se aleja.
Vuelvo atrás, y el deseo
Engañador te finge cual un día
Nos viera amor, de sus ardientes flechas
Nuestras dos almas, para en uno hechas,
Gozándose lagadas, retirados
Del comercio importuno
Y á su imperio feliz abandonados;
Ya en la alameda hojosa, en el recreo
De un paseo inocente;
Ya en tu albergue glorioso, do ninguno,
Triste censor de nuestras ansias puras,
Ni tus palabras mágicas oía,
Ni de mi loca lengua las ternuras,
Ni los suspiros de mi amor ferviente.
Solo el cielo nos viera,
Y sus puras antorchas rutilantes,
Y al cielo, enajenado, yo pedía
Que en sus claras mansiones
Mis votos y tus votos recibiera,
Y en mis brazos amantes,
Más fino, y tú más tierna, te estrechaba;
Y así testigos mi delirio hacia
De mi inmensa ventura,
Ya la lumbre de amor, ya los triones,
Mientras ardía y gozaba,
Y tornaba á gozar y más ardía.
¡Te acuerdas, adorada, la ternura
Con que anublando ya la imagen triste
De mi ausencia el placer, tu me dijiste:
«¡Oh importuno! olvidemos
Momento tan fatal; ora gocemos,
Gocemos otra vez. ¡Ah! ¡qué se hiciera
De aquella noche en que, el desden rendido,
Prorumpiste llorando: «Eres querido;
Tuya soy, tuya!» ¡Oh noche! si olvidarme
De tí puedo, mi pecho al gozo muera;
Clori deje de amarme.
Divididos apenas
Del blando estío en los ardientes días,
Si el momentáneo trance se llegaba
De alejarme de tí, ¡cuál te afligías!
¡Cómo yo me apartaba! ¡ay horas llenas,
Horas llenas de gloria y de ventura!
¡Horas que en vano detener procura
Mi insano amor! ¡dó estais? ó ¡qué se ha hecho
De aquel hallarme á su adorable lado,
Y á sus plantas postrado,
En ansias mil deshecho?
Ya embriagado el oído
En su voz celestial, que el alma eleva,
Y do le agrada estática la lleva;
Ya ciego, arrebatado, sin sentido
A los rayos lumbrosos
De sus ojos vivos, cariñosos;
Ya plácido gozando la alegría
De su amable semblante,

Do reinan sencillez y cortesía
Y angélica inocencia; el albo seno,
De honestidad y de ternura lleno,
Bajo la sutil gasa palpitante,
Mientras furtivo mi mirar seguía
Su movimiento blando,
Mi fiel imagen dentro contemplando;
Clori, esta imagen indeleble sea,
A pesar de la suerte
Que agostará nuestro florido suelo.
Idólatra en tu fe, constante vea
Arder hasta la muerte
La fiel llama que en tí me envidia el cielo.
O si débil acaso.... Clori mía,
Sin que dejes de amarme,
En tus brazos, iluso en mi alegría,
Hoy acabe, si un día has de olvidarme.

SILVA X.

EL LECHO DE FILIS.

¡Dó me conduce amor? ¡dó, inadvertido,
En soñadas venturas embebido,
Llegué con planta osada?
Esta es la alcoba de mi Fili amada.
Aquél su lecho, aquél, allí reposa;
Allí su cuerpo delicado, hermoso,
En blanda paz se entrega
Al sueño más suave; esta dichosa
Holanda la recibe; llega, llega
Con paso respetoso,
¡Oh deseo feliz! llega, y suspira
Sobre el lecho de Fili; y silencioso,
Si en él descansa, al punto se retira.
Retírate, no acaso á despertarla,
En tu ardor impaciente,
Te atrevas por tu mal; huye prudente,
Huye de riesgo tal, y ni á mirarla
Pararte quieras por estar dormida,
Que aun corre riesgo, si la ves, tu vida.
Pero solo está el lecho; ¡afortunado
Lecho, salve mil veces,
Pues que gozar mereces
De su esquiva beldad! ¡salve, nevado
Lecho, y consiente que mi fina boca
La holandesa estreche que felice toca
Los miembros bellos de mi Fili amada!
Su deliciosa huella señalada
En tí, lecho felice,
«Aquí posó dormida
La rubia frente», á mi deseo dice;
Allí tendió hácia mí su brazo hermoso,
Del delirio de un sueño conmovida;
Y aquí asentó su seno delicioso.
¡Oh salve veces mil, y el atrevido
Tiempo no te consuma,
Dichoso lecho, del amor mullido!
Siempre en torno de tí las gracias velen;
Los sueños lisonjeros,
Cuando mi Fili tu suave pluma
Busque, sobre ella cariñosos vuelen;
En sus alas los céfiros ligeros
Todo el ámbar le ofrezcan de las flores;
Y mi forma tomando
El placer, en su seno mil ardores,
Gozos mil mueva, su desden domando,
¡Salve, lecho feliz, que solo sabes
Misterios tan suaves!
Tú, si su seno cándido palpita,
Le sientes palpar; tú, si se queja;
Tú, si el placer la agita,
Y embriagada le deja
Fingirse mil venturas,
Todo lo entiendes, lecho regalado,
Todo lo entiendes, con envidia mía.
Sus ansias inefables, sus ternuras,
Sus gozos, sus desvelos,
Su tímida modestia, sus recelos,
En el silencio de la noche amado,
Patentes á tí solo, con el día
Para mí desaparecen,

Y cual la niebla al sol se desvanecen.
¡Oh lecho, feliz lecho, cuál suspiro
Cuando tu suerte y mis zozobras miro!
Si en tí el reposo habita,
¡De dó, lecho feliz, viene la llama
Que en delicias me inflama?
¡La grata turbación que el pecho agita?
¡Ah lecho afortunado!
Tú de mi bien en tu quietud recibes
El llanto aljofarado;
Si lastimada llora, tú percibes,
Tú solo en sus amores confidente,
Su delicada voz. ¡Mis ansias siente?
¡Se angustia como yo? ¡teme! ¡recela?
¡Duda si en verla tardo y se desvela?
¡Ay! tú lo sabes; dímelo te ruego,
Y templado de una vez mi temor ciego;
Templado, dulce lecho....— Así decía
El ardiente Damon, sin que pensase
Que Filis le atendía,
A otra parte del lecho retirada,
La bella zagaleja, lastimada
De que tanto pensase,
Salto presta de donde se escondía.
Damon se turba, y Filis cariñosa
Se rie dulcemente y le asegura;
Mudando la serrana desdenosa
Su rigor desde entónces en blandura.

SILVA XI.

MI VUELTA AL CAMPO.

Ya vuelvo á tí, pacífico retiro;
Altas colinas, valle silencioso,
Término á mis deseos,
Faustos me recibid; dadme el reposo
Por que en vano suspiro
Entre el tumulto y tristes devaneos
De la corte engañosa.
Con vuestra sombra amiga
Mi inocencia cubrid, y en paz dichosa
Dadme esperar el golpe doloroso
De la Parca enemiga,
Que lento alcance á mi vejez cansada,
Cual de otoño templado
En deleitosa tarde, desmayada
Huye su luz del cárdeno occidente
El rubio sol con paso sosegado.
¡Oh cómo, vegas plácidas, ya siente
Vuestro influjo feliz el alma mía!
Os tengo, os gozaré; con libre planta
Discurriré por vos; veré la aurora,
Bañada en perlas que riendo llora,
Purpúrea abrir la puerta al nuevo día,
Su dudoso esplendor vago esmaltando
Del monte, que á las nubes se adelanta,
La opuesta negra cumbre;
Del sol naciente la benigna humbre
Veré alentar, vivificar el suelo,
Que en nublosos vapores
Adormeciera de la noche el hielo;
Del aura matinal el soplo blando,
De vida henchido y olorosas flores,
Aspiraré gozoso;
El himno de alborada bullicioso
Oír á las sueltas aves,
Estático en sus cánticos suaves;
Y mi vista encantada,
Libre vagando en inquietud curiosa
Por la inmensa llanada,
Aquí verá los fértiles sembrados
Ceder en ondas fáciles al viento,
De sus plácidas alas regalados;
Sobre la esteva honrada
Allí cantar al arador contento
En la esperanza de la mies futura;
Alegre en su inocencia y su ventura,
Mas allá un pastorcillo
Lento guiar sus cándidas corderas
A las frescas praderas,
Tañiendo el concertado caramillo;

Y el río ondisonante,
Entre copados árboles torciendo,
Engañar en su fuga circulante
Los ojos que sus pasos van siguiendo,
Lento aquí sobre un lecho de verdura,
Allí celando su corriente pura;
Cerrando el horizonte
El bosque impenetrable y árduo monte,
¡Oh vidal! ¡oh bienhadada
Situación! ¡oh mortales
Desdenados y oscuros! ¡oh ignorada
Felicidad, alivio de mis males!
¡Cuándo por siempre en vuestro dulce abrigo
Los graves hierros que aherrojada siente,
El alma romperá! ¡cuándo el amigo
De la naturaleza
Fijará en medio de ella su morada,
Para admirar contino su belleza,
Y celebrarla en su entusiasmo ardiente!
Otros gustos entonces, otros cuidados
Mas gratos llenarán mis faustos días;
De mis rústicas manos cultivados
Los campos que labraron mis abuelos,
Las esperanzas mías
Colmarán y mis providos desvelos;
Mi huerta abandonada,
Que apenas ora del colono siente
En su seno la azada,
De hortaliza sabrosa
Verá poblar sus niveladas eras;
Mi mano diligente
Apojará oficiosa,
Ya el vástago á la vid, ya la caída
Rama al frutal, que al paladar convida,
Doblada al peso de doradas peras;
Veráme mi ganado
A su salud, á su custodia atento,
Solcito contarle, cuando lento
Torna al redil de su pacer sabroso;
O en ocio afortunado,
Mientras su ardiente faz el sol inclina,
Solitario filósofo, el umbroso
Bosque, en la mano un libro, discurrendo,
Llenar mi pecho de tu luz divina,
Angélica verdad, las celestiales
Sagradas voces respetoso oyendo,
Que en himnos inmortales,
En medio de las selvas silenciosas,
Do segura reposas,
Al sencillo mortal para consuelo
Tal vez dictaste del lloroso suelo.
De las aves el trino melodioso
Allí mi dulce voz despertaría;
Y armónica á las suyas se uniría,
Cantando solo el campo y mi ventura;
Allí del campo hablará
Con el pobre colono; y en las penas
De su estado afanoso,
Con blandas voces de consuelo llenas,
Humano le alentará;
O bien sentado á la corriente pura,
Viva, fresca, esplendente,
Del plácido arroyuelo, bullicioso,
Que entre guijuelas huye fugitivo,
Si del vicio tal vez la imagen fiera
Mi memoria afligiera,
El ánimo doliente
Se conhortará en su dolor esquivo;
Y en sus rápidas linfas contemplando
De la vida fugaz el presto vuelo,
Calmará el triste anhelo
De la loca ambición y ciego mando.
Imagen ¡oh arroyuelo!
Del tiempo volador y de la nada
De nuestras mundanales alegrías,
Una de otra apremiada,
Tus ondas al nacer se desvanecen,
Y en rauda curso en el vecino río
Tu nombre y tus cristales desaparecen.
Así se abisman nuestros breves días
En la noche del tiempo; así la gloria,
El alto poderío,

La ominosa riqueza,
Y lumbre de belleza,
Do ciega corre juventud liviana,
Pasan cual sombra vana,
Sólo dolor dejando en la memoria.
¡Oh cuántas veces mi azorada mente
En tu margen florida,
Contemplando tu rápida corriente,
Lloró el destino de mi frágil vidal!
¡Cuántas en paz sabrosa
Interrumpi tu plácido riuído
Con mi voz ¡oh arroyuelo! dolorosa,
Y en dulces pensamientos embebido,
A tu corriente pura
Las lágrimas mezclé de mi ternura!
¡Cuántas, cuántas me viste
Querer de tí apenado separarme,
Y moviendo la planta perezosa,
Cien veces revolver la vista triste
Hacia tí al alejarme,
Oyendo tu murmullo regalado,
Y exclamar conmovido
Con balbuciente acento:
«¡Aquí moran la dicha y el contento!
¡Oh campo! ¡oh soledad! ¡oh grato olvido!
¡Oh libertad feliz! ¡oh afortunado
El que por tí de léjos no suspira,
Mas trocando tu plácida llaneza
Por la odiosa grandeza,
Por siempre á tu sagrado se retira!
¡Afortunado el que en humilde choza
Mora en los campos, en seguir se goza
Los rústicos trabajos, compañeros
De virtud é inocencia,
Y salvar logra con feliz prudencia
Del mar su barca y huracanes fieros!»

ÉGLOGAS.

ÉGLOGA PRIMERA (1).

BATIOLO, ARCADIO, POETA.

BATIOLO.

Paced, mansas ovejas,
La hierba aljofarada,
Que el nuevo día con su lumbre dora,
Mientras en blandas quejas
Le cantan la alborada
Las parlerillas aves á la aurora,
La cabra trepadora
Ya suelta se encarama
Por la áspera ladera;
De esta alegre pradera
Paced vosotras la menuda grama;
Paced, ovejas mías,
Pues de Abril tornan los felices días.
Corónase la tierra
De verdor y hermosura,
Y aparecen de nuevo ya las flores;
Líquida, de la sierra
Corre la nieve pura,
Y vuelven á sus juegos los pastores,
Todo el campo es amor;
Refoñan los tomillos,
Las bien mullidas camas
Componen en las ramas
A sus hembras los dulces pajarillos,
Y el arroyuelo esmalta
De plata el valle, do sonando salta.
Así cual es sabroso,
Después de noche triste,
El rocío del alba al mustio prado,

(1) Esta égloga en alabanza de la vida del campo fué premiada por la Academia Española, en junta que celebró el 18 de Marzo de 1780.

Guarda el cielo, pastor, tu edad lozana,

BATIOLO.

La gracia sobrehumana
De tu cantar divino
Guarda del lobo odioso;
Y sigue en tan sabroso
Tono, hechizo del valle y de amor digno;
Que el ganado alborozó,
Y el choto juguetón por él retoza.

ARCADIO.

Tú más ántes al viento
Suelta esa voz suave
Que á todas las zagalas enamora,
Tañiendo el instrumento
Que el desden vencer sabe,
Y ablandar como cera á tu pastora;
Y la letra sonora
Cántame que le hiciste,
Cuando te dió el cayado
Por el manso peinado,
Que con lazos y esquila le ofreciste;
O bien la otra tonada
De la vida del campo descansada.
Premio será á tu canto
Este rabel, que un día
Me dió en prenda de amor el sabio Elpino;
Y en él con primor tanto
Pintó la selva umbría,
Que muestra bien su ingenio peregrino.
Del Tórnes cristalino
Formó en él la corriente,
Que ir riendo dijeras,
Lo largo en sus praderas
Vagando los rebaños mansamente;
Y la ciudad de léjos,
Del sol como dorada á los reflejos.
A un álamo arrimado,
Alegre un zagal canta,
Mientras su amada flores va cogiendo;
Por el opuesto lado
Un mastín se adelanta,
Y á otra zagala fiestas viene haciendo;
Todo lo que está viendo
Léjos un ciudadano,
El semblante afligido,
Y en cuidados sumido,
Haciéndole á otro señas con la mano
Que al umbral de una choza
Rie entre los pastores, y se goza.

BATIOLO.

Y yo de Delio hube
Una flauta preciada,
Labrada de su mano diestramente;
Tan guardada la tuve,
Que jamás fué tocada;
Pero mi amor en dártele consiente,
Los valles y la fuente
Puso en ella de Otea;
De vida el llano ameno
Como por Mayo lleno;
Un muchacho en el cerro pastorea,
Y el rabel otro toca,
Y á contender cantando le provoca.
De flores coronadas,
Más lindas que las flores,
Suelto el cabello al céfiro liviano,
Van bailando enlazadas,
Causando mil ardores,
Las zagalejas en el verde llano;
A un lado está un anciano
Que la flauta les toca,
Y algunas ciudadanas
Mirándolas ufanas,
Y cómo que la envidia las provoca
Con regocijo tanto,
Pero tú empieza, y seguiré yo el canto.

ARCADIO.

Dulce es el amoroso

O cual, tras enojoso
Invierno, el mundo viste
De gala el sol, gozándose el ganado;
Así cual al cansado
Pastor que tras hambriento
Lobo corrió, es la fuente;
Tras el Marzo inclemente,
Tal es á mí del céfiro el aliento;
Y cual á abeja rosa,
Del campo así la vida deliciosa.
Apénas ha nacido
El día en los otros,
De arreboles el cielo matizando,
Por el alegre egido
Saco ya mis corderos,
Y alegres los cabritos van saltando.
Mientras el sol se va alzando,
Mil celosas porffas
A la sombra en reposo
Separo, si celoso
Mi manso está por las corderas mías;
Y si la noche viene,
El estrellado cielo me entretiene.
Mas por aquella loma,
Con sosegada planta,
Al viento dando el pastoril acento,
El dulce Arcadio asoma;
Su armoniosa garganta
¡Cuán acordada sigue al instrumento!
También canta contento
De la estación florida.
Para en torno seguirle,
Corro de cerca á oírle;
Algo acaso dirá de mi querida,
O la nueva tonada
Que Tirsi canta á su Licori amada.

ARCADIO.

¡Quién, viendo la hermosura
De esta tendida vega,
Y el brillo y resplandores del rocío,
Los brincos, la soltura
Con que el ganado juega,
Y el soto léjos, plácido y sombrío,
El noble señorío
Con que el claro sol nace,
Las nieblas recogerse,
En ondas mil la hierba estremecerse,
Y los hilos de luz que el aire hace;
Tierno latirle el seno
No siente, y de placer su ánimo lleno?
Doquiera es primavera,
Que Abril vertiendo viene
Nuevas galas y espíritu oloroso;
La novilla doquiera
Sobrado el pasto tiene
En tierna hierba de pacer sabroso,
El pastor en reposo,
Ya libre sus tonadas
Puede cantar tendido,
Viendo su hato querido
Lento buscar las sombras regaladas,
Y pueden las pastoras
Bailar alegres las ociosas horas,
No á mi gusto sea dado
Riquezas enojosas,
Ni el oro que cuidados da sin cuento;
No el ir embarazado
Entre galas pomposas,
Ni corriendo vencer al rauda viento;
Mas sí cantar contento,
Sentado á par mi Elisa,
Viendo desde esta altura
Del valle la verdura,
Y de mi dulce bien la dulce risa,
Y mis vacas pastando,
Y el manso río entre árboles vagando.
Pero aquel que allí veo
Que por el prado viene,
¿No es Batilo el zagal? tan de mañana
¡Cuán bien á mi deseo
La suerte lo previene!